

**Entrevista a Mons. John Ifeanyichukwu Okoye, obispo de Awgu (Nigeria),
con motivo de su visita pastoral a Mallorca
(del 9 al 16 de octubre de 2026)**

1. Monseñor, ¿cuál es el principal motivo de su visita a la diócesis de Mallorca y qué significa para usted este encuentro?

Considero esta visita una oportunidad para estrechar los lazos de comunión y fraternidad entre nuestras dos diócesis, compartir nuestras experiencias pastorales y animarnos mutuamente en la misión común de anunciar el Evangelio. Es también una ocasión para expresar mi agradecimiento a la diócesis de Mallorca por la cálida acogida y el apoyo pastoral que brinda a los sacerdotes de nuestra diócesis que ejercen aquí su ministerio.

La diócesis de Awgu tiene una marcada identidad misionera. Entendemos que los sacerdotes que formamos y ordenamos no están llamados a servir únicamente dentro de los límites geográficos de nuestra diócesis, sino también a ponerse a disposición de la misión más amplia de la Iglesia universal. Esto está plenamente en consonancia con el espíritu *Fidei Donum*, mediante el cual las diócesis comparten generosamente sus sacerdotes con otras Iglesias particulares que necesitan ayuda pastoral.

Por tanto, para mí esta visita es mucho más que un encuentro oficial. Es una hermosa expresión de la universalidad de la Iglesia. Aunque procedemos de culturas diferentes, hablamos lenguas distintas y vivimos realidades diversas, nos une una misma fe, un mismo bautismo y una misma Eucaristía. Confío en que esta visita contribuya a fortalecer aún más nuestra amistad y abra nuevas oportunidades de colaboración mutua al servicio del pueblo de Dios.

2. ¿Qué vínculos existen entre la diócesis de Awgu y la diócesis de Mallorca y cómo le gustaría reforzarlos?

Uno de los vínculos más importantes entre las diócesis de Awgu y Mallorca es la colaboración en el ministerio sacerdotal. A través de la presencia y el servicio de sacerdotes de Awgu en Mallorca, nuestras dos diócesis participan en una expresión concreta de comunión eclesial y cooperación misionera.

Como diócesis misionera, Awgu concede una gran importancia a la formación de sacerdotes preparados no solo para servir a nuestras comunidades locales, sino también para responder con generosidad a las necesidades pastorales de la Iglesia en otros lugares. El espíritu *Fidei Donum* nos recuerda que la Iglesia es una sola familia y que los dones que Dios ha concedido a una Iglesia local están destinados a enriquecer a todo el Cuerpo de Cristo.

Me gustaría fortalecer esta relación mediante un diálogo continuado entre nuestras diócesis, una comunicación regular, la oración mutua y oportunidades de intercambio pastoral. Creo que ambas diócesis tenemos mucho que aprender la una de la otra, especialmente en los ámbitos de la evangelización, la formación sacerdotal, la pastoral juvenil y la atención pastoral a las familias.

Mi deseo es que nuestra relación siga creciendo y vaya más allá de la presencia de sacerdotes concretos, hasta convertirse en un vínculo duradero de amistad, solidaridad y responsabilidad compartida en la misión de la Iglesia.

3. En muchos lugares de Europa existe preocupación por el descenso de la práctica religiosa. ¿Cómo se vive actualmente la fe en su diócesis de Awgu?

En la diócesis de Awgu, la fe católica sigue ocupando un lugar muy importante en la vida de nuestra gente. Nuestras iglesias son comunidades llenas de vitalidad y existe una elevada participación en la misa dominical, las actividades parroquiales, la oración en familia y las distintas asociaciones y movimientos eclesiales. Tenemos la bendición de contar con numerosos jóvenes que participan activamente en la vida de la Iglesia, así como con familias que realizan grandes sacrificios para transmitir la fe a sus hijos.

Seguimos contando también con vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Es una gran bendición, pero supone asimismo la responsabilidad de ofrecer una sólida formación humana, espiritual, intelectual y pastoral. Nuestra identidad misionera nos impulsa a formar sacerdotes con un corazón abierto a las necesidades de la Iglesia universal.

Sin embargo, no debemos medir la fortaleza de la fe únicamente por el número de personas que asisten a la iglesia. El verdadero desafío consiste en conseguir que nuestra fe transforme nuestra vida cotidiana. Debemos ayudar a nuestros fieles a vivir el Evangelio a través de la honradez, la justicia, la fidelidad en la vida familiar, el perdón, la caridad y la preocupación por los pobres.

Como ocurre en muchas otras sociedades, afrontamos dificultades derivadas de la precariedad económica, el desempleo, la emigración y la influencia de la cultura contemporánea, especialmente entre los jóvenes. Nuestra misión pastoral consiste en acompañarlos, fortalecer su esperanza y ayudarles a descubrir que Cristo sigue siendo la respuesta a las preguntas más profundas de la existencia humana.

4. Nigeria ha sufrido situaciones de violencia e inseguridad que también han afectado a las comunidades cristianas. ¿Cómo afrontan los fieles estas dificultades y qué esperan de la solidaridad de la Iglesia universal?

La situación de inseguridad que se vive en distintas regiones de Nigeria es motivo de profunda preocupación y sufrimiento. Muchas familias han perdido a seres queridos, comunidades enteras se han visto obligadas a abandonar sus hogares y hay personas que viven en medio de la incertidumbre y el miedo. Estas experiencias afectan no solo a los cristianos, sino también a muchas otras personas inocentes que únicamente desean vivir en paz y con dignidad.

En medio de estas dificultades, la fe de nuestro pueblo sigue siendo una gran fuente de fortaleza. La oración, la celebración de la Eucaristía, los sacramentos y la solidaridad de las comunidades parroquiales ayudan a mantener viva la esperanza incluso en las circunstancias más difíciles.

Estamos profundamente agradecidos por la preocupación y la solidaridad de la Iglesia universal. Saber que nuestros hermanos y hermanas de otras partes del mundo nos tienen presentes en sus oraciones y nos acompañan en nuestras dificultades supone un gran estímulo.

Lo que pedimos es que continúe la oración por nosotros, que exista una solidaridad concreta con quienes sufren y que se alce una voz unida en defensa de la dignidad humana, la libertad religiosa, la justicia y la paz.

Como pastores, también tenemos la responsabilidad de promover la reconciliación y la convivencia pacífica. La violencia no puede vencerse con el odio. Debemos seguir fomentando el diálogo, el respeto mutuo y un compromiso sincero con el bien común. Nuestra esperanza es que Nigeria llegue a ser un país donde todas las personas, independientemente de su religión u origen étnico, puedan vivir y practicar libremente su fe en paz.

5. ¿Qué significa para usted que sacerdotes africanos puedan ejercer su ministerio en diócesis europeas como la de Mallorca?

Para mí, este es uno de los signos más hermosos de la universalidad y del carácter misionero de la Iglesia. Hubo un tiempo en que misioneros procedentes de Europa y de otras partes del mundo llegaron a África para anunciar el Evangelio, fundar comunidades cristianas, construir escuelas y hospitales y formar al clero local. Seguimos profundamente agradecidos por sus sacrificios y su entrega misionera.

Hoy estamos siendo testigos de una nueva dimensión de ese mismo camino misionero. Las Iglesias que en su día recibieron misioneros ahora también pueden enviar sacerdotes para servir en otras partes del mundo. No se trata simplemente de una inversión de papeles, sino de una expresión del intercambio mutuo de dones dentro de la única Iglesia de Cristo.

En la diócesis de Awgu nos tomamos muy en serio esta responsabilidad misionera. Formamos a nuestros sacerdotes con la convicción de que el ministerio sacerdotal es un don para la Iglesia universal. En el espíritu *Fidei Donum*, estamos dispuestos a poner sacerdotes a disposición de aquellas diócesis que tienen necesidades pastorales específicas, en la medida de nuestras posibilidades.

Sin embargo, el servicio misionero no consiste simplemente en cubrir vacantes o proporcionar personal. Se trata, ante todo, de compartir la fe, construir comunión y dar testimonio de Cristo.

Un sacerdote que ejerce su ministerio en otro país debe ser humilde, estar dispuesto a aprender la lengua y conocer la cultura, respetar las tradiciones de la Iglesia local y trabajar en comunión con el obispo y con sus hermanos sacerdotes.

Creo que, cuando este intercambio misionero se comprende y se vive adecuadamente, tanto la diócesis que envía como la que acoge salen enriquecidas. El sacerdote aporta su fe y su experiencia pastoral, pero también recibe mucho de la comunidad a la que sirve. De este modo, todos crecemos juntos como una sola Iglesia.

6. Vivimos en un mundo marcado por las guerras, las desigualdades y las migraciones. ¿Qué papel considera que debe desempeñar la Iglesia ante estas realidades?

La Iglesia tiene la responsabilidad de ser una voz de esperanza, defensora de la dignidad humana e instrumento de paz en un mundo herido por los conflictos, las injusticias y las desigualdades.

Nuestra misión no se limita a anunciar el Evangelio con palabras. También debemos hacer visible el amor de Cristo mediante gestos concretos de caridad, solidaridad y servicio, especialmente hacia los pobres, las personas vulnerables, los migrantes y quienes se han visto desplazados por la violencia.

Las guerras y los conflictos nos recuerdan la urgente necesidad de reconciliación y diálogo. La Iglesia debe seguir llamando a los responsables políticos y a todas las personas de buena voluntad a situar la dignidad de la persona humana por encima de los intereses egoístas, la violencia y las divisiones.

La migración es también una realidad que exige tanto compasión como responsabilidad. Muchas personas abandonan sus países no porque deseen dejar sus hogares, sino porque buscan seguridad, dignidad y oportunidades para una vida mejor. La Iglesia debe animar a las sociedades a acoger a los migrantes con humanidad y respeto, al tiempo que defiende la creación de condiciones que permitan a las personas desarrollar una vida plena y digna en sus propios países.

En África, y particularmente en Nigeria, somos muy conscientes de cómo la pobreza, el desempleo, la inseguridad y la mala gestión de los asuntos públicos pueden afectar a las familias y a las comunidades. La Iglesia debe seguir contribuyendo a través de la educación, la atención sanitaria, las iniciativas caritativas y la formación de las conciencias.

Por encima de todo, nunca debemos perder de vista que cada ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Esta verdad debe orientar nuestra respuesta a los desafíos que afronta la humanidad.

7. ¿Qué mensaje transmitiría a los cristianos de Mallorca sobre la importancia de sentirse parte de una Iglesia universal, más allá de las fronteras y las culturas?

Mi mensaje a los cristianos de Mallorca es que valoren siempre el hermoso don de pertenecer a la Iglesia universal. La Iglesia católica no está limitada a un país, una cultura, una lengua o un continente. Allí donde se celebra la Eucaristía y se anuncia el Evangelio, encontramos miembros de una misma familia de Dios.

La presencia de sacerdotes procedentes de África y de otras partes del mundo en vuestras comunidades es un recordatorio visible de esta universalidad. Nos muestra que la misión de la Iglesia nos corresponde a todos y que tenemos la responsabilidad de apoyarnos mutuamente.

Animaría a los fieles de Mallorca a seguir acogiendo a estos sacerdotes con cariño, apertura y comprensión, del mismo modo que animaría a los sacerdotes a acercarse al pueblo y a la cultura de Mallorca con humildad, respeto y una auténtica entrega pastoral.

El espíritu *Fidei Donum* nos enseña que la cooperación misionera no consiste simplemente en dar de lo que nos sobra, sino en compartir los dones de la fe que hemos recibido de Dios.

Los cristianos de Mallorca cuentan con una rica historia de fe, hermosas tradiciones y valiosas experiencias pastorales. La Iglesia en África también aporta sus propios dones, entre ellos la vitalidad de sus comunidades, el entusiasmo de sus jóvenes y su profundo sentido de la familia y de la vida comunitaria.

Cuando estos dones se comparten desde el respeto mutuo, toda la Iglesia se enriquece.

Por eso, os animaría a manteneros abiertos a la misión universal de la Iglesia, a rezar por las comunidades cristianas que atraviesan dificultades en otras partes del mundo y a recordar que, a pesar de nuestras diferencias, todos somos hermanos y hermanas en Cristo.

8. ¿Ha vivido alguna experiencia pastoral que haya marcado especialmente su vida como sacerdote y obispo?

Cuando reflexiono sobre mi trayectoria como sacerdote y ahora como obispo, una de las experiencias que más profundamente ha marcado mi manera de entender el ministerio pastoral ha sido mi dedicación a la formación de futuros sacerdotes, así como la oportunidad de trabajar estrechamente con un obispo al servicio de la Iglesia.

Mi camino en este ámbito comenzó incluso antes de mi ordenación sacerdotal. Durante mi año de pastoral tuve la oportunidad de impartir clases en el seminario. Aquella experiencia me permitió conocer la importante responsabilidad de acompañar a jóvenes que estaban discerniendo su vocación y preparándose para el sacerdocio. Me ayudó a comprender que la formación sacerdotal no consiste únicamente en transmitir conocimientos, sino también en forjar el carácter, cultivar la madurez espiritual y preparar a los futuros sacerdotes para que sean verdaderos pastores según el corazón de Cristo.

Después de mi ordenación sacerdotal, tuve el privilegio de ejercer como secretario personal del obispo. Trabajar estrechamente con él me permitió comprender mejor las responsabilidades pastorales de un obispo, así como las numerosas alegrías, dificultades y sacrificios que implica pastorear al pueblo de Dios. Aprendí a valorar la importancia de la escucha, la paciencia, la prudencia, la compasión y la disponibilidad para ponerse al servicio de los demás.

Posteriormente, fui enviado a ampliar mis estudios y, a mi regreso, fui nombrado **vicerrector del Seminario Bigard Memorial de Enugu y, más adelante, rector de la misma institución**. Estas responsabilidades me llevaron de nuevo al ámbito de la formación sacerdotal, esta vez con mayor experiencia y un sentido más profundo de la responsabilidad.

Mis años en el Seminario Bigard Memorial de Enugu fueron especialmente significativos porque me brindaron la oportunidad de acompañar a jóvenes en su camino hacia el sacerdocio. Llegué a comprender con mayor profundidad que el futuro de la Iglesia depende, en buena medida, de la calidad de la formación que ofrecemos a quienes serán sus sacerdotes.

También aprendí que un buen sacerdote debe ser mucho más que una persona con conocimientos o capacidades. Debe ser un hombre de oración, cercano a la gente, compasivo y, sobre todo, dispuesto a entregarse por completo al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Al mirar atrás, puedo ver cómo estas distintas experiencias me prepararon, de maneras que entonces no alcanzaba a comprender plenamente, para asumir la responsabilidad del ministerio episcopal.

Mi nombramiento como obispo supuso una responsabilidad nueva y mayor, pero las enseñanzas que recibí durante mis años dedicados a la formación en el seminario y mi estrecha colaboración con el obispo siguen guiándome.

Estas experiencias también han reforzado mi convicción de que el sacerdocio es fundamentalmente misionero. No formamos sacerdotes simplemente para ocupar cargos o administrar parroquias, sino para que sean testigos de Cristo, dispuestos a servir allí donde la Iglesia los necesite.

Esta convicción es especialmente importante en la diócesis de Awgu, donde procuramos cultivar el espíritu misionero entre nuestros sacerdotes y animarlos a aprovechar las oportunidades de servicio más allá de nuestra diócesis, también a través de la cooperación misionera *Fidei Donum*.

Si hay una enseñanza que me ha acompañado a lo largo de las distintas etapas de mi vocación, es que **ser sacerdote u obispo significa, ante todo, ser servidor**. El liderazgo en la Iglesia no consiste en disfrutar de privilegios o de una posición de prestigio, sino en entregarse generosamente por el bien espiritual y humano del pueblo de Dios.

Y, aun siendo obispo, sigo siendo un discípulo que continúa aprendiendo cada día de la fe, las dificultades, la generosidad y la perseverancia de las personas que Dios ha confiado a mi cuidado pastoral.